Fundado en Valpso. el 12 de Sept. 1827
Año CXXV—Nº 41.810 (M. C. R.)

PRIMER CUERPO

EL MERCURIO

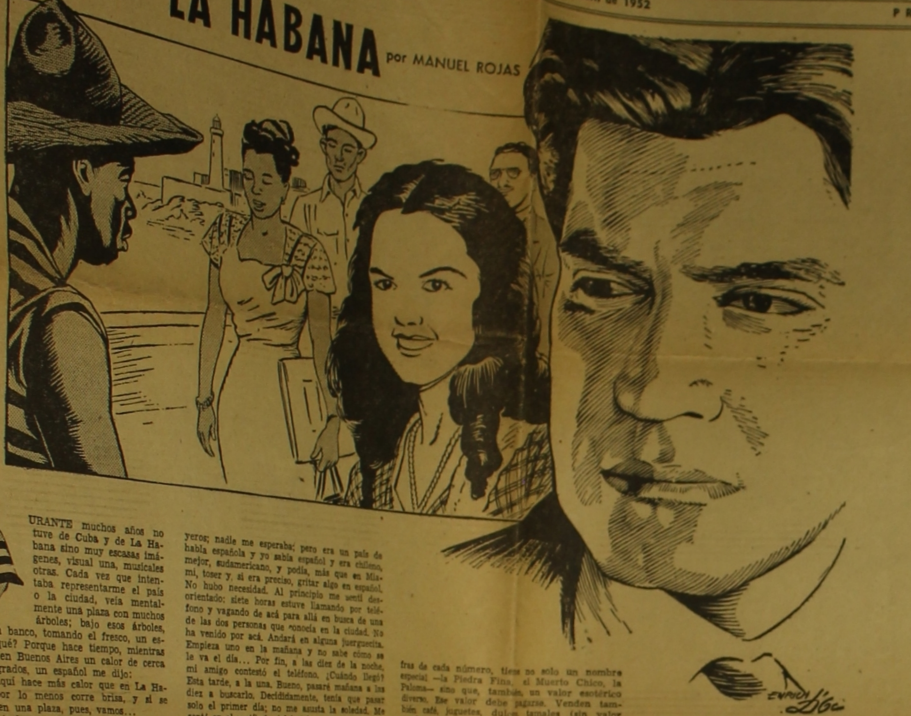
Santiago de Chile, domingo 13 de abril de 1952

Fundado en Stgo. el 1º de Junio 1900
Año LII—Nº 18.613 (Es propiedad)

PRECIO: CUATRO PESOS

Adiós a LA HABANA

por MANUEL ROJAS



DURANTE muchos años no tuve de Cuba y de La Habana sino muy escasas imágenes, visual una, musicales otras. Cada vez que intentaba representarme el país o la ciudad, veía mentalmente una plaza con muchos árboles; bajo esos árboles, sentado en un banco, tomando el fresco, un español. ¿Por qué? Porque hace tiempo, mientras soportábamos en Buenos Aires un calor de cerca de cuarenta grados, un español me dijo:

—Amigo, aquí hace más calor que en La Habana. Allá por lo menos corre brisa, y si se sienta usted en una plaza, pues, vamos...

Las otras imágenes eran musicales. Desde niño oí canciones que hablaban de La Habana y de Cuba, entre ellas la que dice: "Salí de Cuba, con rumbo a Méjico, en un vapor para Nueva York..." y que se conoce con el nombre de "La cubanita". La otra, tan famosa como la anterior, aunque quizás más antigua, es "La paloma": "Cuando salí de La Habana..." (Hubo en Paraguay un dictador que se gastaba el lujo de una banda de músicos; esa banda no sabía tocar más que "La paloma": la tocaba si el Presidente salía de Palacio, si regresaba, si recibía a un embajador, si fusilaba a alguien). La otra canción, ya muy olvidada y cuyo nombre desconozco, dice: *"A la luz de un celeste aclarar y en las playas de Cuba, arenosas..."* *Esas cuatro imágenes era todo lo que tenía de Cuba y de La Habana. Miento. Tenía una más: la de un poeta que cae, herido de muerte, en la orilla de un río o de dos ríos...*

Un día entre los días, sin que nadie me lo advirtiera, sentí que volaba sobre Cuba. Miré por la ventanilla del avión: una tierra de color verde oscuro, plana y cultivada, sin bosques ni montañas visibles, se deslizaba hacia el sur y se extendía hacia el oriente. La visión duró poco. El avión, indiferente a todo, la atravesó en un momento, sin dejarme ver si había por allí algún español tomando el fresco.

Esa tierra me produjo, sin que supiera por qué, una profunda emoción. Algo de ternura y de amor, un sentimiento como el que experimentan los que vuelven, después de años de ausencia, a su tierra o a una ciudad o lugar en que han vivido, en otros tiempos, tristes o alegres días. Yo no había nacido allí y no había pisado nunca aquella tierra, pero sabía que pronto, unos días después, llegaría a ella. Anticipadamente la sentía como mía. Por lo demás, me siento en todas partes como hijo de la tierra que piso. Es la misma tierra para todos los hombres. Debía serlo, por lo menos.

— o —

Miami. I don't speak English. ¿Es usted cubano? No. ¿Mejicano? Tampoco; soy chileno. Oh, chileno. Yo tengo un cliente en el "Perrú". Nylon ciento por ciento. Wait. Walk. Coral Gables. Nochebuena con el cónsul de Chile, Juan Domeyko, y su mujer; me reciben como si yo fuera uno de los reyes magos. He ahí el negro, cercano y lejano, aislado; parece, como yo, un extranjero, pero un extranjero a pesar suyo. Yes. "Bienvenidos, latinoamericanos. Para su conveniencia tenemos personal que habla español". ¿Dónde aprendió usted español? Mi marido es aviador; he vivido en Méjico y en Venezuela. Yes, pantys. Oh, amigo; usted "volverrá". Tal vez. El avión sale dentro de diez minutos. Su pasaporte. La Habana está a cincuenta y cinco minutos de vuelo. Tiene que sacar pasaje de ida y vuelta, es decir, aunque llegue a sentirse como hijo de aquella tierra, debe usted tener pasaje para salir de ella. No lo quieren como hijo de Cuba. Eso dicen los reglamentos; Cuba no dice eso. Yo hablaré con ella otro lenguaje; un lenguaje que los reglamentos no conocen: el del hijo con la madre, el del hombre con la tierra. El de los reglamentos es un lenguaje de capataces. Abróchese el cinturón. No fume. Pantanos. Sorprende llegar o salir de Miami: millas cuadradas de pantanos. El mar parece muerto; se le ve inmóvil. Tiene un color precioso, un color mineral, pero de un mineral venenoso. Miami es un milagro brotado de los pantanos de Florida. (Dicen que el que primero compró esos terrenos, Mr. Flagler, pagó por ellos doscientos dólares al Estado. Lamento no haberlo sabido a tiempo; habría podido ser su socio). Para el que viene de los fríos mares del Pacífico del Sur, en donde el mar siempre recomienza —como en el poema de Valéry— es una enorme sorpresa la visión de este mar bajo, sin olas, sin espuma, sin rizaduras, sin pájaros y tibio, además, con una tibieza de caldo de laboratorio de biología.

Pero voy contento: he pisado, por primera vez, tierra norteamericana y me he sentido, como en todas parte, hijo de la tierra, a pesar de que I don't speak English. ¿Qué importa? Los pájaros que nacen en América del Norte y que atraviesan Estados Unidos, el Golfo de Méjico y el Trópico para ir a pasar el verano del sur en las costas de Chile y que luego hacen, de regreso, el mismo camino, tampoco hablan inglés. Ningún capataz, sin embargo, se atrevería a decir que no son hijos de esa tierra.

— o —

¿Cómo empezar a hablar de La Habana? ¿Con qué palabras? ¿Con palabras como orquídeas, como mulatas? Puse un cable: "Llegaré el sábado". Lo mismo habría sido poner: "Llegaré el lunes". No había ninguna cara conocida en Rancho Boyeros; nadie me esperaba; pero era un país de habla española y yo sabía español y era chileno, mejor, sudamericano, y podía, más que en Miami, toser y, si era preciso, gritar algo en español. No hubo necesidad. Al principio me sentí desorientado: siete horas estuve llamando por teléfono y vagando de acá para allá en busca de una de las dos personas que conocía en la ciudad. No ha venido por acá. Andará en alguna juerguecita. Empieza uno en la mañana y no sabe cómo se le va el día... Por fin, a las diez de la noche, mi amigo contestó el teléfono. ¿Cuándo llegó? Esta tarde, a la una. Bueno, pasaré mañana a las diez a buscarlo. Decididamente, tenía que pasar solo el primer día; no me asusta la soledad. Me senté en el vestíbulo del hotel, en Montes, y miré. Había allí unas ventas de juguetes —era el 29 de diciembre— y la muchedumbre pasaba como un río. Mis primeras miradas fueron de indiferencia: gente, como en todas partes. A la una de la mañana continuaba allí, mirando pasar aquel río humano, un río humano como no había visto jamás y como jamás, quizás, volveré a ver. Si dijera que estuve sentado allí desde el 29 de diciembre hasta la Pascua de Reyes —6 de enero—, fecha en que levantaron las ventas —de otro modo tal vez continuaría sentado en ese lugar—, no mentiría, pues salvo los momentos en que dormía, comía o vagaba por la ciudad [illegible] *escritor cubano Enrique Labrador Ruiz, no hice otra cosa que estar sentado y mirar.*

Hay individuos que llegan a un país o a una ciudad y que piden, para enterarse de lo que allí ocurre, libros, libros de historia, de antropología, estadísticas, etnología, folklore, arqueología. Nada. A mí déme usted una silla o un banco y gente a quien mirar, o árboles o pájaros si no hay gente, y quédese con lo demás. Yo miraré y sabré, por los zapatos, los pantalones, la camisa, los ojos, las manos, los movimientos, los gestos, si éste o aquel hombre está alegre o triste, satisfecho o descontento, agitado o tranquilo, humillado o enaltecido. Eso me será bastante, aunque ignore si es braquicéfalo, macrocéfalo o microcéfalo. Pero eso no era todo. Si uno se sienta en una plaza de Santiago de Chile a ver pasar la gente, sabrá todo aquello y tal vez un poco más, pero advertirá que la gente es toda igual: las gradaciones en el color de la piel se presentan sin brusquedad y van desde el blanco hasta el trigueño oscuro, rara vez hasta el moreno fuerte; los rasgos faciales muestran, superficialmente, sólo dos tipos: el europeo y el mestizo, y en cuanto a la indumentaria la uniformidad será aplastante. Puede haber un pantalón más aplanchado que otro, esta chaqueta es más elegante que aquélla y aquella camisa más limpia que ésta, pero todas serán iguales, el mismo corte, los mismos uniformes colores. Allí era distinto.

Cerca de mí, en el portal, un chino vende ostras, unas sabrosas ostras pequeñitas, como de juguete; más allá, un español que tuvo unos hermanos en Chile lustra zapatos y vende periódicos; chinos, negros, mulatos, blancos, pasan y repasan y ofrecen billetes de lotería y cobran por cada uno no el precio legal —que sería lo normal y lo vulgar— sino el que ellos, por su cuenta, le asignan: cada terminación, las tres últimas cifras de cada número, tiene no sólo un nombre especial —la Piedra Fina, el Muerto Chico, la Paloma— sino que, también, un valor esotérico diverso. Ese valor debe pagarse. Venden también café, juguetes, dulces, tamales (sin valor esotérico, felizmente) y diarios y la Biblia. Algunas viejucas le meten a uno a la fuerza, donde pueden, estampas religiosas a cambio de unos "quilitos" (monedas de a centavo). En la otra esquina el lustrador de zapatos y vendedor de periódicos es negro: "Llévale estas pesetas a la mamá y este quilito es para ti". Pasa un guajiro de guayabera y jipijapa, resplandeciente de blancura; [illegible] vestido de blanco, esplendente; en blanco un pantalón negro y una camisa que provocaría un tumulto en la Plaza de Armas de Santiago de Chile; pasa un chino, el más sobrio de los habitantes de La Habana, vestido con unas [illegible] una negra alta que luce un traje verde infinito, acompañada de otra que lo luce café y brillante —parecen dos preciosos coleópteros ecuatoriales—; otra con un traje que muestra un velo rosado sobre una falda de raso negro; aquélla con un abriguito de piel —temperatura [illegible] 15 grados, máxima [illegible] un sobretodo, un fenómeno (en los dos meses que vagué por la región sólo vi uno: el de un viejo que transitaba por una calle de Miami acompañado de una mujer, supongo que lo llevaban ya al cementerio); pasa una familia entera de negros, todos muy dignos, fumando el padre un tabaco que llega casi hasta la esquina, absorbiendo la madre con su volumen la mitad del ancho del portal, y los niños, delgados, de grandes ojos relucientes, atiborrándose de golosinas.

Y pasan cincuenta negros y cincuenta blancos y cincuenta mulatos y cada uno es, se viste y se mueve como le da la gana —los únicos que guardan uniformidad son los cincuenta chinos:, son iguales; todos los negros? todos los mulatos son diferentes: esta cabeza de negro es redonda, de una redondez matemática; la de aquél parece un huevo acostado; la del de más allá, uno parado; ésta, de grandes belfos; la otra, de labios finos; este rostro es ancho; aquél, delgado; el de allá, deforme; el de acullá, regular. Este cuerpo es de una sola pieza, sólido y musculoso; el que viene allí es delgado y alto, asténico; el que pasa parece construido de dos piezas y ninguna de las dos tiene nada que ver con la otra; este otro se mueve con un ritmo desconocido para mí y uniforme: tronco, cabeza, extremidades, lo siguen sin equivocarse. Las mulatas y mulatos muestran una gradación infinita de colores y formas: mulatos y mulatas de chinos, de españoles, de italianos, de judíos, de rubios, de [illegible] de blancos, de morenos, de mestizos. Y todo ello en medio de un lenguaje con tonos y matices desconocidos para el oído del que nace unos grados más abajo del Trópico de Capricornio, un lenguaje español que parece hablarse por puro placer, con consonantes que se aspiran y con vocales que tienen un brío particular. La a luce aquí una personalidad diferente a la que luce en mis tierras, en donde la u parece ser la dominante. A la a sigue la o, seca en las interjecciones y alargada en las admiraciones, ambas, la a y la o, secundadas eficazmente por la c dura.

— o —

Para el [illegible] del hombre que ha soportado, durante cinco días, la visión de las costas desérticas del norte de Chile y de Perú y durante otros cinco la soledad verde de las costas tropicales, este espectáculo es una fiesta que no hay con qué pagar, un mural o un friso con líneas y colores inesperados, un mural viviente y sonoro, en el que no sólo hay formas y colores y tipos humanos exóticos para el hombre de zonas templadas sino que, además, uniéndose a ellos ahora a través del recuerdo, formas vegetales y animales, del mismo carácter, que le dan el toque definitivo: flamencos rosados, palmeras reales y además canciones y danzas y música, música, canciones y danzas que parecen brotar sin esfuerzo de la vida que bulle en ese mural.

Bueno, pero, ¿qué me dice usted del cubano? ¿Cuál es, entre todos esos seres, el verdadero cubano? El verdadero cubano, aquel que pudo reclamar la exclusividad de ese nombre, no existe; murió con el último siboney. Existen ahora muchos otros verdaderos cubanos, todos con perfecto derecho a serlo. ¿Inclusive los chinos? Inclusive los chinos. ¿Puede usted decirle, al hijo del chino que peleó por la independencia de Cuba, que no es cubano? ¿Inclusive los negros? Vamos, amigo. Si hay alguien con derecho a ser considerado cubano, es el negro de Cuba. Mire usted a los mulatos, mire usted sobre todo a las mulatas —abra usted bien los ojos, hombre— y dígame si el negro es cubano o no. Pero el negro vino de Africa, dirá usted. Claro, y el español vino de España y el chino de China.

Mire usted: estoy con un amigo en un café al lado del hotel en que vivo, y él me dice: "Chico, esto fué poblado principalmente por andaluces. Al no quedar ya más andaluces honrados que pudieran venir, pues fueron a los presidios y: Oye, tú —les dijeron a los condenados a veinte, a treinta años o a perpetuidad—: elige: o cumples la condena o vas a Cuba... Hubo algunos... (aquí debe ponerse una eficiente combinación de e con a) que prefirieron cumplir la condena, pero otros aceptaron y aquí estamos..." Mientras mi amigo habla empieza a sonar, detrás de mí, una guitarra; al mismo tiempo, el chino que vende ostras, sonríe. En mi tierra no hay cafés y nadie jamás ha tocado la guitarra, por su propia voluntad, en un lugar en que la gente se reúne a conversar, a comer o a beber. Supongo, pues, que si alguien toca allí la guitarra es porque ésa es su profesión. Vuelvo la cabeza y miro: a un paso de mí, sentado a una mesa como mi amigo y yo, y acompañado de dos amigos, blanco el uno, mulatito el otro, un negro toca la guitarra. Lo veo sólo a medias, de lado: es un hombre joven, un poco gordo, de traje blanco y sombrero de jipijapa. Lleva unos anteojos de montura dorada. Por la pinta, es un guajiro. Inmediatamente, como si sólo hubiese esperado mi mirada, rompe a cantar con una voz muy dulce. Sus compañeros, sonriendo le oyen, y yo vuelvo a sentir lo mismo que sentí al mirar por primera vez la tierra cubana, ternura y amor, ahora no sólo por la tierra sino también por los que viven en ella, los descendientes de los chinos, de los españoles y de los negros que un día, de grado o por fuerza, vinieron aquí y aquí se quedaron, fecundando una tierra en que ahora pueden cantar, sonreír y hablar libremente.

Me digo: ¿cómo no sentir amor por una tierra en que el negro, un negro cualquiera, puede sentarse en un café, al lado de los blancos, y tocar la guitarra y cantar? Esto, por supuesto, no les parecerá bien a los capataces de aquí y de allá, esos capataces sin gracia y sin humor, sin color y sin ritmo que pululan por todo el mundo, pero, ¿es que vamos a vivir conforme ellos lo quieren? De ningún modo. Mientras ellos proliferan reglamentos y pretenden hacerlos cumplir, cantan en Cuba los negros, sonríen los chinos, se cimbran las mulatas, vuelan los flamencos, hablan los poetas, trabajan los guajiros, crecen las orquídeas, murmuran las palmeras y sopla el norte sobre el estrecho de Florida, echando grandes olas sobre el Malecón. ¿Cómo detenerse a considerar lo que a ellos les gusta o no les gusta?

El pueblo cubano me parece un pueblo casi feliz. Si no lo es del todo, ello se debe a que los capataces no quieren que lo sea.

— o —

Es muy fácil equivocarse, ya lo sé —menos en lo que se refiere a los capataces— y mucho más fácil cuando uno comete la imprudencia de generalizar; el riesgo es menor, sin embargo, cuando uno puede, en general, comparar. Digo a un amigo: Chile fué también poblado principalmente por andaluces. ¿Cómo explicar que hayan producido dos seres aparentemente tan diversos como el santiaguino y el habanero? ¿Cuál es la diferencia? El carácter, el genio de todos los días y de cada momento. Mira, ayer, en una de las calles de La Habana vieja, un hombre se atravesó ante el automóvil.

Marcial Edwards frenó bruscamente y el hombre dió un salto de lado. Ambos se quedaron mirando. Me dije: escucharé un interesante discurso, idéntico a los que se escuchan en Santiago en las mismas circunstancias, con la diferencia de que este hombre, en lugar de usar las combinaciones de la c con la u, recurrirá a las de la c con la a y con la o. Sólo habrá un cambio de vocales. Los parientes consanguíneos que figurarán serán los mismos... ¿Qué tú crees que hizo el hombre? (Ya se me ha pegado la sintaxis cubaba). Se encogió de hombros, abrió los brazos con el gesto del que pide disculpas y dijo: "No iba mirando, chico; perdona..." ¿Y los borrachos? En primer lugar, en La Habana apenas si se ven borrachos. Durante las fiestas de Año Nuevo y Pascua de Reyes sólo he visto uno. ¡Un borracho en siete días! En segundo lugar, ¡qué borracho! Iba por el portal de Montes, colgado del cuello de un amigo en mejores condiciones que él, felices los dos. Pero en el suelo había una cáscara de plátano y el amigo resbaló y cayó con el borracho encima. Un humorista escribió una vez "El discurso más elocuente que he oído en mi vida se lo oí a un hombre que estaba sentado en el suelo, al lado de una cáscara de plátano". Bueno. Esperé lo peor. En Santiago, el borracho, después de ser izado —no levantado— por su amigo, habría exclamado, con voz nada placentera: ¡quién habrá sido el... que tiró esta cáscara al suelo!, agregando una nidada de sapos y culebras. Alguien, cualquiera, le habría contestado en una

(CONTINUA EN LA PAG. 2)

DE HACE MEDIO SIGLO

EL MERCURIO del 13 de abril de 1902

El teniente coronel Alberto Herrera, director de fortificaciones en la bahía de Concepción, se trasladaba a Santiago para imponer a las autoridades militares de la marcha de los trabajos, ya muy avanzados entonces.

—En las márgenes del río Calafquén, provincia de Valdivia, se autorizaba el establecimiento de 86 familias austrohúngaras especializadas en la agricultura.

—El Ministerio de Hacienda suprimía la Tenencia de Aduana, de Cobija, dependiente de Tocopilla.

—Frente a Puerto Viejo, Guatemala, naufragaba el "Cheribón", buque de un armador chileno, que zarpó de Valparaíso y, después de tocar en Coronel, siguió rumbo a Panamá. Recorría países de Centro América para cargar café.

—En Buenos Aires, se batieron a pistola, sin herirse, los doctores en Derecho, señores Luis Drago y Manuel Olazabal, el primero criminalista, autor del libro "Los hombres de presa".

—Bruselas quedaba unida con Marsella por teléfono a través de 1.200 kilómetros de distancia.

—Se activaban las negociaciones de paz en la guerra de Sudáfrica. Desde el comienzo de las operaciones, las pérdidas británicas se calculaban en 21 500 soldados.

—Un profesor del Instituto Pasteur ensayaba en París la oxigenación de la leche, como un medio de conservarla.

—El ejército inglés quedaba dotado de un automóvil armado de cuatro pequeños cañones, movido a vapor y con capacidad para 20 hombres.

UNA MUJER DE SAMARIA

Por Gabriel Miró

CUANDO subía la mujer con su ánfora, que resudaba palpitante de frescura, la llamaban los hombres desde los albergues. Y los ricos mercaderes extranjeros, reluciéndoles las pupilas, le mostraban el fausto de sus equipajes y las delicias de los vinos y sabores exóticos de su festín en aquel alto de la ruta.

Pero ella decía:

—¡La plegaria será mi alimento y mi salud!

Sola, desamorada, cruzaba las calles de Samaria dejando un casto aroma de paz. Y no le ardían los ojos, y daban una lumbre quieta de remanso con luna.

Y cuando un samaritano volvía de caminar, ella le buscaba preguntándole:

—¿Viste al Señor que lee los más escondidos pensamientos, aquel que siendo judío comió pan de Samaria?

Pero los andariegos de su país no hablaban sino con gentiles, y no trataban con los moradores de Israel sino de empresas de logro.

...Ninguno de los que corrían comarcas extrañas trajo nunca noticia del Señor. Y los de Sickem se pasmaban del afán de la hermosa. Y ella decía:

—¡Aquí le visteis y escuchasteis! ¡Cómo pudo deshacerse su recuerdo! Pasó como el Esposo de los Cánticos, por los oteros y vergeles. No disteis posada a sus discípulos y, agraviados, ellos le pidieron al Señor: "¿Quieres que digamos que descienda fuego y los acabe?" Mas El les repuso: "No vine a perderlos, sino a salvarlos".

Todas las tardes bajaba la mujer a la sombra de las palmeras del pozo patriarcal y se sumergía su alma en el silencio, para sentir el latido más hondo de la lejanía... Y esperaba al Señor donde había gozado su presencia; le esperaba devanando sus memorias... Fué en una siesta del mes de Sivan. Estaba el valle rubio, maduro y oloroso del aliento del verano. [illegible] resonaba de elictras ardientes; y entre el [illegible] gemía una rueda de alfarero.

Junto al ejido halló la mujer doce caminantes; sus mantos viejos, sus sandalias roídas, soltaban la tierra de muchos [illegible]. Siendo pobres, había uno [illegible]

[illegible]

Y le sonrió dulce y tímida, pronunciando:

—¿Cómo siendo judío me pides de beber a mí, que soy samaritana?

En los ojos del caminante pasó un ímpetu de gloria; y alzóse, transfigurándose de niño sediento en padre magno y fuerte, en señor que visita su heredad, y le dijo:

—Si supieses quién es el que te dice: "¡Dame de beber!", tú acudirías a él pidiéndole: "¡Yo no a Ti, sino Tú a mí dame el agua de la sed mía!"

Salieron en la mujer resabios de malicia de rapaza, y se inclinó graciosamente, exclamando:

—¡El pozo es hondo! ¿Cómo podrías Tú sacar agua sin mí?

Y le mostraba el cántaro limpio y fresco de juncia y la delgada cuerda ceñida a su talle.

Llegósele el hombre dolorido de compasión. Y la samaritana recogióse en sí misma escuchándole.

—¡Todo el que bebiere de esta agua que tú tomas de la tierra, vuelve a sentir sed; mas el que bebiere de la que Yo alumbro, nunca estará sediento, porque el agua que Yo doy se vuelve en el pecho una fuente que salta hasta la vida eterna...!

La mujer se le iba postrando, sin cuidarse de su figura, ni de los pliegues de su túnica, ni de sus trenzas que se le sumían entre el herbazal; y tendida, humilde y casta, toda hecha de corazón bajo los ojos y la palabra del extranjero, le imploró con un quejido venturoso:

—¡Dame, Señor, dame esa agua viva, que yo no quiero tener más sed...!

(De "Figuras de la Pasión del Señor")

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©